

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, SETIEMBRE 1º DE 1875.

{ NUM. 91.

LA LLUVIA.

Yo supongo, queridos niños, que aun os acordais de Enrique, de aquel niño de quien os hablé; quiero contaros otras cositas del mismo, porque estoy seguro que os han de agrandar, si las leéis con mucho cuidado.

Desde el día en que empezó á levantarse temprano, con objeto de ver salir el sol, Enrique se hizo madrugador. Ya no fué perezoso, ántes al contrario, sin necesidad de que su madre le llamase, dejaba la cama á las cinco y media, con objeto de poder salir á paseo. Le agradó tanto el que dieron con su madre la primera vez, que casi todos los días le suplicaba le acompañase.

Pero hé aquí que al levantarse una mañana, oyó Enrique que estaba lloviendo. Despues de haberse vestido y de haber rezado, como tenia de costumbre, fué á dar los buenos días á su mamá, pero con un aire tan melancólico, que ésta le dijo:

—¿Qué tienes, hijo mio, que te veo tan triste?

—Llueve, mamá, y no podremos salir á paseo.

—Tienes razon, ¿pero por esto te afliges? ¡Cómo se conoce que no comprendes el gran bien que reportamos de la lluvia! En este momento, En-

rique, se fertilizan los campos; las plantas, ayer místicas y cabibajas, adquirirán nueva frescura y nuevo verdor, beberán las pobrecitas ya que estaban sedientas, y cuando llegue la cosecha, los labradores recogerán mucho trigo, y así tendremos todos con que comer. La lluvia, hijo mio, es otro de los inmensos beneficios que nos dispensa nuestro buen Dios.

—Pero mamá, con la lluvia se ponen las calles intransitables, y el que se ve obligado á andar por ellas se ensucia, echando á perder el vestido; además, el río se desborda muchas veces, y ya sabe vd. que cuando esto último sucede, causa perjuicios considerables.

—Todo esto que dices, es verdad, Enrique; pero estos pequeños males no tienen comparacion con los grandes bienes que de la lluvia reportamos. ¿Te parece poco el que fertilizando los campos los disponga para que puedan producir buenas cosechas y nosotros podamos alimentarnos? ¿Te parece poco eso de librarnos del hambre, y tambien de la sed, puesto que si no lloviese se secarian las fuentes y los rios y careceriamos de agua para beber? Si todo esto te parece poco, te diré, que aun debemos á la lluvia otro beneficio: el de purificar la atmósfera. En el aire se sostienen muchas partículas disminu-

tas de sustancias malas, que entran con él en nuestro interior cuando respiramos. Pues bien; esas sustancias producen en nosotros diferentes enfermedades, y son causa muchas veces de la muerte. Cuando llueve, el agua que cae las arrastra consigo y deja puro el ambiente para que podamos respirar bien y sin temor de que nos perjudique. ¿Comprendes, por lo tanto, cuán buena y cuán necesaria es la lluvia?

—Sí, mamá, lo comprendo, y casi me sabe mal de haberme entristecido por ella, cuando conozco que debiera haberme alegrado.

—Así es, y mucho, supuesto que es uno de los mas grandes favores que Dios nos hace.

—Y dígame vd., mamá, ¿cómo hace Dios nuestro Señor para que llueva?

—De un modo muy sencillo. Tú ya sabes, porque lo has visto muchas veces, que cuando hierve el agua de una vasija puesta al fuego, sale de ella una especie de humo, y que si por casualidad se cubre la vasija con una tapadera, al levantarla caen una porcion de gotitas. Aquel humo es agua evaporada, y las gotitas que se desprenden de la tapadera, proceden de esa agua evaporada que, perdiendo parte del calor en contacto con el aire frío de la atmósfera, vuelve á su estado natural que es el estado líquido. Ahora bien; una cosa parecida sucede en la

raleza. El sol, con su intenso calor, evapora todos los dias gran cantidad de agua, la cual, del mismo modo que el humo, se sube á la atmósfera, permaneciendo en ella hasta que un viento frio ú otra causa análoga le roba calor, y haciéndola pasar estado líquido le obliga á caer en gotitas.

—Pues yo creia, mamá, que el agua la echaban las nubes.

—Poquito á poco, hijo mio. Las nubes no echan el agua, porque para echar ó tirar una cosa, se necesita voluntad, esto es, *quererlo hacer*, y las nubes no la tienen, porque no son personas. Pero lo que sí sucede, es que las nubes son grandes agrupaciones de vapores, que enfriándose paulatinamente, van convirtiéndose en las gotas de agua que vemos caer.

—Ahora sí que lo entiendo un poco, mamá. ¡Qué bonito es saber cosas! ¿Me explicará vd. otras?

—Sí, hijo mio; te explicaré muchas, porque quiero que conociendo cuánto debemos al buen Dios que nos ha criado, aprendas á amarle mas que á todo el mundo.

—¡Oh! sí, yo ya le amo mucho, mucho, mamá.

—Mejor que así sea. Pero observa, Enrique, que á Dios se le ama mas con obras que con palabras. Tú dices que amas mucho á Dios, y sin embargo no cumples lo que él te manda, porque, si lo cumpliras, no reñirías tan á menudo con tu hermanita, á quien siempre regañás, y á quien sé que has llegado á pegar. ¡Pegar á la hermanita! ¡Qué accion tan fea!

—Es que ella me quitó un juguete.

—Ya lo sé, pero esto no te autorizaba para que la pegaras. ¿Por qué no veniste á decírmelo á mí? Yo la hubiera reñido, y te lo hubiera devuelto. Pero vamos, cometiste una falta muy grave, con la cual ofendiste á Dios, quien no te estimará, si no te arrepientes de veras, prometiendo al mismo tiempo no repetirla jamás. Dios no quiere, no lo quiere absolutamente, que los hermanitos riñan y se peguen; ántes al contrario, tiene mandado que se amen mucho, que los juguetes del uno sean del otro, que se regalen mutuamente lo que tengan, ya que todos son hijos de unos mismos padres.

—Ya no lo haré mas, mamá.

—Bien, hijo mio, cúmplole como lo prometes, y Dios te perdonará y podrás ir al cielo.

Despues de esta conversacion, el niño Enrique se retiró á su cuartito, donde considerando con cuánta razon lo habia reprendido su mamá, se puso á llorar, haciendo en su interior serias promesas de amar siempre á su hermanita y de no reñir jamás con ella.

Yo espero, queridos niños, que todos aquellos de vosotros que tengais hermanitas, hareis lo mismo, porque de lo contrario, Dios no os estimaría y seriais desgraciados.

La abeja y la coqueta.

(FABULA.)

Cloe, coqueta hermosa,
Al tocador estaba
Consultando al espejo
Sus dengues y sus gracias,
Cuando se entró una abeja
En la adornada estancia;
Y al verla Doña Linda
Prorumpe así asustada:
—¡Favor, favor, Liseta!
Acude pronto, Marta,
Y por piedad libradme
De esta fiera con alas!
Aturdida la abeja,
Sin prever su desgracia,
En uno de sus lábios
Llega á pararse incauta.
Desmáyase la jóven,
Acuden las criadas,
Y cogida la abeja,
Su muerte preparaban,
Cuando el sagaz insecto
Que ve mala la danza,

Las dice con dulzura:

—Perdonen mi ignorancia;

Pues yo, creyendo que era

Una rosa temprana

Su boca, por lo linda,

Ansiosa fui á picarla.

Cloe, que en sí volvía,

Oyendo esta alabanza:

—Perdon obtenga, dice

Entónces á sus damas,

Pues confesó su culpa,

Y ya mi susto pasa.

Lo que el incienso vale

La abeja nos declara.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE REUNIONES.

SECCION CUARTA.

De las reuniones de campo.

I

Aunque se ha dicho que en el campo se relaja un tanto la severidad de la etiqueta (§ LIV, seccion 6ª del artículo 2º), esto no es en manera alguna extensivo á aquellas reuniones que tienen un carácter serio; ni quiere decir tampoco que en las que sean de confianza pueda procederse discrecionalmente en todas ocasiones, ni ménos quebrantarse ninguna de las reglas establecidas para el buen orden y lucimiento de los festines.

II

Entre gentes de buena educacion la libertad que brinda el campo se circunscribe siempre á los límites de la moderacion y del decoro; y si bien comunica á la sociedad un cierto grado de flexibilidad y soltura, que á veces necesita para armonizar con la amenidad del campo, y gozar mejor de los encantos que en él ofrece la naturaleza, jamás llega á sustituirse enteramente á aquella etiqueta que debe reinar en todas las situaciones de la vida (§§ VII y VIII, del capítulo 1º), ni autoriza otros actos de confianza que los que son naturales y debidos, segun los derechos que la amistad concede, y segun las leyes inalterables de la delicadeza y la decencia.

III

En las reuniones de confianza, donde el carácter de la sociedad puede mas fácilmente conducirnos á abusar de la libertad del campo, es que debemos poner mayor cuidado y prudencia en la manera de manejarnos, sin perder un solo momento de vista el importante principio, que nunca será excesivamente recomendado, de que nuestra franqueza y esparcimiento deben tener en todas ocasiones por regla y por medida la discrecion, la dignidad y el decoro.

IV

Suele creerse que la libertad del campo autoriza para poner poco esmero en el vestido, y que no es por lo tanto una falta presentarse en él con un traje del todo distinto de aquel que generalmente se usa en sociedad. Este es un grave error, en el cual no incurren jamás las personas verdaderamente bien educadas. Las convenciones sociales (§§. 20 á 24, del artículo 1º), en que está fundada la libertad del campo, permiten, es verdad, que tambien en esa parte se relaje un tanto el rigor de la etiqueta; pero se entiende únicamente respecto de las reuniones de confianza, y nunca hasta autorizarnos para presentarnos á ellas desaliñados.

V

En las reuniones de campo, cuando son de larga duracion, nacen con frecuencia diferentes proyectos de paseos y de otros entretenimientos, los cuales se malogran ó se acibaran, cuando algunos de los concurrentes se manifiestan poco dispuestos á tomar parte en ellos, ó bien lo hacen con displicencia, sin todo el interes con que cada cual debe contribuir á la animacion y al contento de la reunion. Seamos, pues, siempre fáciles y complacientes, y sacrifiquemos nuestros gustos, nuestras antipatías y aun nuestras comodidades, cada vez que esto sea necesario para evitar que por nuestra causa se entibie ó decaiga la comun alegría.

VI

Los caballeros deben poner un especial esmero en atender y servir á las señoras, y en hacerles agradables todos los momentos que pasen en su compañía; adhiriéndose de muy buena voluntad á todos sus deseos, sus gustos y aun sus caprichos, aunque hayan de privarse de entretenimientos que tengan para ellos un particular atractivo.

VII

Es por lo tanto incivil, y ajeno de la fina galantería, que los caballeros, como suele verse, se separan de las señoras con el objeto de entregarse al juego de naipes, ó á cualesquiera otras distracciones en que ellas nõ tomen parte, ó que abandonen la reunion para ir á paseos á que no puedan conducirlos.

SECCION QUINTA.

De las reuniones de duelo.

I

Cuando en una casa acontece la desgracia de morir una de las personas de la familia, es natural que alguno de los parientes y amigos mas inmediatos de ésta, permanezcan á su lado por cierto número de dias, para prodigarle los consuelos de que necesita en tan doloroso momento, para recibir á su nombre las visitas de duelo y de pésame (§§. XXX, y XXXI, seccion 2ª del artículo 3º), y para relevarla en fin, de todas las atenciones de la casa que sean incompatibles con las expresiones de un pesar profundo.

II

En los casos en que nuestros amigos ó parientes pierdan una persona de su familia, seamos muy mirados y circunspectos para considerarnos comprendidos en el deber que impone el párrafo anterior; pues nada habria mas impropio ni mas impertinente, que el ir á situarnos en una casa en tales circunstancias, sin estar á ello real y evidentemente llamados por la intimidad de nuestras relaciones, y sin tener certeza de necesitarse en ella de nuestra presencia y nuestros servicios (§. XXXVI, seccion 2ª del artículo 3º).

III

Las personas que se sitúan en la casa de un difunto, sin estar para ello autorizadas por las consideraciones que acaban de expresarse, dan una idea muy desventajosa de su carácter, por cuanto aparece que han querido convertir en una tertulia un cuadro de dolor y de llanto, ó bien que solo han ido en busca de los placeres de la mesa, á donde suponen que su concurrencia ha de hacer que sea ésta mas abundante y selecta que de ordinario; incurriendo además en la notable inconsideracion de ir á aumentar así los gastos y atenciones de una familia afligida.

IV

Siempre que hayamos de acompañar en tales casos á nuestros parientes y amigos, observemos una conducta que sea enteramente propia de las circunstancias, manifestando en todos nuestros actos que respetamos su situacion y tomamos parte en su sentimiento. En cuanto á dirigirles expresiones de

consuelo, tengamos presente que se necesita de un tacto exquisito para que ellas no lleguen á ser inoportunas é impertinentes, y para que no contribuyan, como suele verse, á aumentar el dolor lójos de mitigarlo.

V

La puntual observancia de estas reglas ahorrará á las personas que sufren por la pérdida de un objeto querido, el tormento de ver en su casa, en los momentos mas terribles de su dolor, una reunion numerosa y llena de indolencia que conversa, rie y celebra los chistes de cada cual, y que ofrece el chocante y horrible contraste de la alegría y los placeres de la mesa, dentro de un recinto enlutado y tétrico, en medio de una familia llorosa y desolada, y á veces aun al lado de un cadáver!

VI

En las reuniones de duelo habrá una mesa frugal no ménos que decente, á que no asistirán jamás los deudos mas inmediatos del difunto, y en la cual no se hará otra cosa que satisfacer la mas urgente necesidad de alimentarse: sin que en la reunion se note ningun acto, ni se oiga ninguna expresion que tenga algo de comun con la animacion y el júbilo de los banquetes, ó que en alguna manera desdiga de la naturaleza de las circunstancias.

VII

Segun el párrafo I, no serán las personas doloridas las que tomen á su cargo la inversion del dinero, ni ninguna otra de las operaciones que son indispensables para preparar y disponer la mesa; mas en manera alguna es conveniente que los parientes y amigos del difunto, como ha solido usarse, se propongan hacer á su costa y por turno todos los gastos necesarios para cada uno de los dias del duelo, pues esto dá origen á una emulacion que trae infaliblemente consigo la suntuosidad de las comidas, y de aquí las grandes y bulliciosas reuniones, cuya monstruosidad no podría ser nunca representada con colores demasiado vivos.

VIII

No quiere decir esto que á los parientes y amigos mas inmediatos del difunto les esté prohibido hacer por sí mismos algunos gastos para proveer á cualquiera de las necesidades de la casa, cuando las personas de la familia se hallen en la absoluta incapacidad de prestar ningun género de atencion á los asuntos domésticos; pero nunca deberán perder de vista las restricciones contenidas en el párrafo VI, segun las cuales no les es lícito contribuir de ningun modo á que la mesa llegue á convertirse en una reunion de placer.

Los juguetes.

Un mes hace, queridos míos, que nada hemos hablado del Abuelito ni de sus nietos.

Ya recordareis que, paseando y paseando habian llegado, despues de observar el escaparate de aquella sastrería, á la puerta de una bonita tienda en donde se vendian juguetes.

De carton eran casi todos; pero entre ellos sobresalía una elegante coleccion de animalitos sobre los cuales se fijaron muy pronto las miradas de los niños recién llegados.

Desde luego conoció el Abuelito qué era lo mas agradable para ellos; y dirigiéndoles hácia un extremo del mostrador, les dijo:

Abuelito.—Conozco que deseais llevar á casa alguno de estos animalitos. Vedlos: ahí teneis el leon; allí teneis el gato; á la derecha están el elefante y la cigüeña; á la izquierda, el mono y la raposa; y para que nada falte, haceos cargo de ese grupo en el cual se ve al lobo persiguiendo á un asno y anhelando devorarlo.

Niños.—Todos estos animalitos comprariamos, pero costarian muchos cuartos, solo nos llevaremos uno cada uno.

Abuelito.—Coged, pues, el leon y el elefante. Así

tendreis con el primero el mas valiente, y con el segundo el mayor de los animales que pueblan la tierra.

Hicieron aquellos niños lo que les indicára el Abuelito; pagó éste el importe de los juguetes y salieron de la tienda, prosiguiendo su paseo en direccion á casa, y dando principio los niños á sus habituales preguntas.

Niños.—¿Conque el leon es muy valiente?

Abuelito.—Muchísimo, hijos míos; tanto, que ningun otro animal le espanta.

Niños.—Pues ¿cómo siendo tan valiente se deja coger por un hombre? Dias pasados ví uno que.....

Abuelito.—Esos que algunas veces enseñan apasionados dentro de grandes jaulas, los cogen cuando son muy pequeños todavía; pues si fueran á cogerlos siendo grandes.....

Niños.—¿Qué harian, Abuelito?

Abuelito.—Destrozarian á las personas que lo intentarían.

Niños.—¿Jesus! ¿Qué horror! ¿Acaso ignoran los leones, que Dios manda no hacer mal á las personas?

Abuelito.—Los leones y todos los demás animales ignoran eso, hijos míos. No saben si lo que hacen es bueno ó es malo.

Niños.—Pues tampoco el gato que hay en casa lo sabrá. Hace tres dias que nos arañó, y precisamente estábamos entonces acariciándole.

Abuelito.—Tampoco lo sabe, hijos míos. Si los animales supieran distinguir lo bueno de lo malo, no arañarian los gatos al niño que les acaricia, ni morderian los perros á los pobres mendigos que se nos acercan para pedirnos una limosna.....

Niños.—Ayer sucedió eso mismo en nuestra propia casa.

Abuelito.—Ni se comeria la raposa las gallinas que no son suyas; ni atacaria el lobo á otros animales indefensos; ni.....

Niños.—Basta, basta, Abuelito. Comprendemos que ninguno de esos animales conoce si es malo ó bueno lo que hace. ¿Y el elefante tampoco lo conoce?

Abuelito.—Tampoco, hijos míos; pues á veces, con esa enorme trompa que lleva, causa la muerte de sus mismos dueños que le han domesticado, y la de otras muchas personas y animales, si se halla en estado salvaje.

Niños.—¿En qué consiste, Abuelito, que nosotros sabemos distinguir el bien del mal, y los animales no?

Abuelito.—Consiste, hijos míos, en que Dios Nuestro Señor nos ha dado el alma, y á ellos solamente les ha dado el cuerpo.

Niños.—Debe ser así, Abuelito: los animales tienen carne, y huesos, y sangre como nosotros; pero á pesar de esto no saben distinguir lo bueno de lo malo.....

Abuelito.—Ni hablan ni piensan, ni comprenden lo que nosotros comprendemos.....

Niños.—Eso prueba que tenemos algo que ellos no tienen.

Abuelito.—Efectivamente, hijos míos. Además del cuerpo nos ha dado Dios Nuestro Señor el alma con que podemos pensar, y distinguir lo bueno de lo malo.

Niños.—Vea vd. ahí otro de los muchos favores que tenemos obligacion de agradecer á Dios.

Y diciendo esto llegaron á la puerta de su casa.

El mono enseñando su linterna mágica.

(FABULA.)

Señores escritores
Que haceis alarde de escribir en jerga,
Aquesta fabulilla
A vosotros dirijo, recogedla.
Érase en cierto tiempo
Un astuto truan, no sé en qué tierra,
Que á costa de mil tontos
Tenia un mayorazgo en su linterna.
Llevaba á todas partes
Un mono singular, cuya destreza
En la cuerda tirante,
En los saltos mortales y las vueltas,
Embelesaba á todos,

Sacándoles aplausos y pesetas.

Un dia, pues, que el amo
Se fué por devocion á la taberna,
Quiso dar nuestro mono
Un golpe digno de su gran mollera.
Convoca en un instante
A cuantos animales machos y hembras
Haya por todo el pueblo,
Y les dirige esta sucinta arenga;
—Señores, hoy de grátis
Os voy á dar una agradable escena,
Nueva, curiosa y grande:
Tomad asiento, y atencion, que empieza.
Cogió un vaso pintado,
Y metiéndolo al punto en su linterna:
—Ya veis aquí, les dice,
Con todo su esplendor al gran planeta,
La plateada luna
Tan refulgente como está en su esfera.
Ahora vereis la historia
Del padre Adan y de su esposa Eva:
Mirad cuál van pasando
Todos los animales de la tierra,
La creacion del mundo,
Y el órden singular de las estrellas.
En vano el gran concurso,
Sin atreverse á pestafear siquiera,
Miraba atentamente,
Pues todos se encontraban en tinieblas.
—Por Dios, exclama un gato,
Que de las maravillas que nos cuenta
Ni una siquiera he visto.
—Ni yo, responde un perro con presteza.
Sin embargo, seguia
El mono Ciceron su larga arenga,
Sin que de ver echase
Que inútilmente en persuadir se esmera
Al curioso auditorio
Para que mire lo que no presencia,
Mientras no se le ocurra
Que debe poner luz en su linterna.

El ebanista.

(Anécdota.)

No hace mucho tiempo que un ebanista de Madrid fué llamado á casa del señor conde de X... con el objeto de que se llevara una cómoda muy antigua á cambio de otra mas moderna.

Realizóse la permuta del mueble, y cuatro dias despues volvió el ebanista á casa del señor conde, llevando un bolsillo lleno de monedas de oro, y le dijo:

Ebanista.—Aquí tiene el señor conde este dinero que indudablemente le pertenece.

Señor conde.—No sé que te haya entregado dinero alguno: hace cuatro dias te llevaste de casa una cómoda antigua perteneciente á mi familia; pero tú me diste en cambio otra muy bonita y me considero satisfecho.

Ebanista.—Todo esto es verdad. Pero al tiempo de deshacer la cómoda que me llevé, he encontrado dentro un cajoncito secreto, dentro del cual habia ese dinero que debió ser depositado allí por los padres ó abuelos del señor conde.

Señor conde.—Si el hecho es como cuentas, indudablemente me pertenecerá el dinero.

Ebanista.—Yo así lo presumo; y como tambien me he figurado que al tratar sobre el cambio de las cómodas ignoraba el señor conde lo que contenia la suya, he venido sin perder tiempo á entregarle un hallazgo que no me pertenece.

Tomó el señor conde aquel bolsillo que contenia cien onzas de oro; y despues de haber manifestado su agradecimiento al ebanista, le dijo: «Admiro mucho tu honradez, y está seguro de que, obrando siempre así, no han de faltarte jamás buenos parroquianos.»

Y efectivamente, hijos míos; el honrado ebanista ha visto en todas partes publicada su noble conducta, y ha observado cómo de dia en dia aumenta el trabajo de su taller.

Siempre la virtud es estimada, y tarde ó temprano obtiene la recompensa.

La velada.

Esperando la hora de cenar estaban los consabidos niños pasando la velada en compañía de su Abuelito.

Como aquellos eran muy amigos de aprender lo que ignoraban, no cesaban jamás de dirigir al Abuelito sus preguntas.

Una de las dudas que con mayor curiosidad le consultaron durante la velada á que nos referimos, fué la siguiente:

Niños.—No sabemos, ni hemos podido acertar de qué es el alma, con la cual, segun vimos pocos días há, pensamos, conocemos y llegamos á distinguir el bien del mal.

Abuelito.—Pronto podreis deducirlo, hijos míos. ¿Habeis visto algun niño despues de muerto?

Niños.—Sí, señor; y muchos que hemos visto.

Abuelito.—Y os figurais si aquellos niños pensaban ó conocian?

Niños.—Segun hemos podido observar, no; pues ni sentian, ni se hallaban en disposicion de saber distinguir nada.

Abuelito.—Así es, hijos míos. Y aquellos niños, que habian perdido las facultades de sentir y de pensar, tenian, no obstante, carne, huesos, nervios, y todo lo que viene á formar nuestro cuerpo.

Niños.—Eso quiere decir, Abuelito, que el alma con que pensamos, y sentimos, y conocemos, no es de nervios, ni de huesos, ni de carne.

Abuelito.—Realmente significa lo que vosotros acabais de manifestar. Y para convenceros más y más de esto, observad si piensan y conocen los seres materiales.

Niños.—¿Qué quiere decir materiales, Abuelito?

Abuelito.—Cosas materiales son aquellas que pueden verse ó tocarse, es decir, que están formadas de algo, y que, por consiguiente, pueden componerse y descomponerse.

Niños.—Ya entendemos, ya entendemos. La tierra, las piedras, las plantas, el agua, el aire, la luz, y todo lo que constituye nuestro cuerpo, son cosas materiales.

Abuelito.—Probad, pues, si esos seres materiales entienden y piensan como lo hace nuestra alma.

Niños.—Casi nos dá risa el pensar nada mas en eso que vd. dice. La tierra, las plantas, las piedras, el agua, la luz y la carne de nuestro mismo cuerpo, no piensan ni discurren.

Abuelito.—Ningun objeto material tiene estas facultades, propias de nuestra alma.

Niños.—Luego nuestra alma, que sí las posee, no puede ser material.

Abuelito.—No lo es, hijos míos; pues si lo fuese, observariamos que los seres materiales, como la madera, las piedras, la carne y otros, tambien discurren y sabian distinguir el bien del mal.

Niños.—Quiere decir, Abuelito, que el alma no es material. ¿Y á lo que no es material, qué nombre se le dá?

Abuelito.—Llámase *espiritual*.

Niños.—Ya sabemos mas de lo que sabiamos; y por cierto que no es poco el hallarse convencidos, como lo estamos nosotros, de que *el alma con que pensamos y podemos distinguir lo bueno de lo malo, es un sér espiritual, enteramente distinto de nuestro cuerpo.*

Cuando los niños pronunciaban estas últimas palabras fueron llamados para cenar, y á ello marcharon desde luego en compañía de su *Abuelito*.

Mison el filósofo.

(FABULA.)

Vivia en otro tiempo
Un hombre respetado
Por su amor á las ciencias
Y carácter honrado.
Pobre, libre y contento,
Por los bosques errando,
Del hombre los delirios
Reia contemplando:
Un dia sus amigos

Le hallaron por acaso,
Y viendo su alegría
Le dicen admirados:
—Mison, pues vives solo,
Y es tan pobre tu estado,
¿Quién excita tus risas?
Y les contesta el sábio:
—Mejor me encuentro solo
Que mal acompañado.

Los tres amigos.

No os feis, queridos niños, de ningun amigo, que no le hayais probado. Amigos, hay muchos á la mesa del banquete; pocos, empero, ó casi ninguno á la puerta de la cárcel.

Recuerdo haber leído en mi infancia un cuentecito, que me gustó mucho, y seguro de que tambien á vosotros os ha de agradar y que aprovecharéis la leccion moral que contiene, os lo pongo á continuacion, para que leyéndolo muchas veces, lo grabeis bien en la memoria.

«Tenia un hombre tres amigos; y de éstos queria muchísimo á dos; pero muy poco al tercero, de quien apenas se acordaba no obstante de ser el que le queria con mayor fidelidad y ternura. Un dia fué demandado ante el tribunal para responder á unos cargos que, sin fundado motivo, se le hacian.

—«¿Cuál de vosotros, dijo él, quiere acompañarme y atestiguar mi inocencia? Se me ha hecho un cargo muy grave, y el rey está airado conmigo.»

El primero de sus amigos se disculpó desde luego, diciéndole que sus muchos quehaceres no le permitian acompañarle. El segundo le acompañó hasta la puerta del juzgado; pero llegado allí, le volvió la espalda, y se fué otra vez á sus negocios, porque tuvo miedo de presentarse ante el airado juez. Solo el tercero, en quien ménos habia pensado, se metió dentro con él, habló en su defensa, y atestiguó su inocencia con tantas veras, que el juez le absolvió, y hasta le hizo un regalo.

Tres amigos tiene el hombre en este mundo; ¿pero cómo se portan en la hora de la muerte, cuando Dios le llama á su tribunal supremo? El dinero, que es su mejor amigo, es el primero que le abandona, y no va con él. Sus parientes y amigos le acompañan hasta la puerta del sepulcro, y se vuelven luego á sus casas. El tercero, de quien tan poco aprecio hizo durante su vida, son sus buenas obras. Estas solas le acompañan hasta el trono del Juez, van delante, hablan por él, y alcanzan misericordia y gracia.

Lo que quiere decir, mis queridos niños, que para alcanzar el Cielo no hay mejor amigo que las buenas obras, esto es, el haberse portado siempre conforme manda la ley de Dios.

AFORISMOS.

Para la casa y la familia, el esposo es todo.

Para el interior del hogar en el seno íntimo de la familia, la esposa es el todo; es el poder que inspira, embellece y gobierna.

El hombre obra en el mundo exterior.

¶ Pero para la mujer, la representacion de ese mundo en la escena, es su recreacion en sus momentos de ocio.

El hogar es el punto central de todas las aspiraciones del hombre; para él trabaja, adquiere conquista en el mundo.

¶ Pero la mujer gobierna por la bondad el santuario para el cual el hombre ejercita sus facultades; es la económica guardiana de los tesoros que él adquiere.

El hombre, rodeado en el mundo por el odio y el engaño, obligado á menudo por las circunstancias á ocultar su carácter real y á parecer otro del que es, encuentra en el amor y la naturalidad de la mujer, su expansion y su carácter natural.

La naturalidad es el ornamento mas bello de la mujer.

De ella depende su atractivo y su tierno amor á la vida doméstica.

Toda cosa afectada, forzada, artificial, desagrada; es como la muerte con afeites exteriores; significa que algo desagradable se oculta detrás de ellos.

Así como el niño agrada por su inocencia é ingenuidad, agradan tambien la doncella, la esposa y la matrona, por la sencillez, la modestia, la amabilidad y la alegría, que las asemejan á la nifiez.

Aunque cambie el exterior, conserva el alma su eterna juventud.

La naturaleza ha enseñado á la mujer á amar; la ha enseñado los deberes de esposa y madre.

Siempre será verdadera discípula de la naturaleza, hasta los mas remotos tiempos.

Debe apartar de sí todo aquello que sea extraño á su destino real.

La principal falta en la educacion de la mujer, es que se las acostumbra mas que á los hombres, á la mentira, los subterfugios, y el disimulo.

Se trabaja por desarraigar de ellas la natural sencillez y la suavidad de su inocencia, para implantar en su lugar un carácter artificial.—ZSCHOKKE.

La amabilidad pertenece á la mujer.

Aun las manifestaciones exteriores de ella forman su gloria.—EHRENBERG.

Que temprano aprenda la mujer á servir, es su destino; solo sirviendo puede llegar á gobernar en el puesto bien merecido que le corresponde en el manejo de su casa.—GÖTTE.

El rinoceronte y el dromedario.

[FABULA.]

Cierto rinoceronte
Decia á un dromedario:
—¿En qué consiste, amigo,
Que el hombre estime tanto
A toda vuestra especie,
Que os trate con regalo,
Y que se crea rico
Si os ve multiplicaros?
Dirás que al fin vosotros
Andais siempre cargados
Con sus mujeres, hijos,
Baules y otros trastos:
Que además, sois ligeros,
Obedientes y mansos,
Incansables y sóbrios,
Es fuerza confesarlo.
¶ Pero tampoco niegues
(No trato de ultrajaros)
Que, á mas de ser nosotros
Capaces de otro tanto,
De nuestros cueros fuertes
Puede volar armado
El hombre á los combates
Y mostrándose ingrato,
Con odio nos persigue
A todos inhumano.
—Amigo, le replica
El sábio dromedario:
Nosotros aprendimos
A hincar á nuestros amos
Humildes la rodilla.
¡Hé aquí todo el arcano!

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

1º Tres caños manan juntos para llenar un estanque. Qué porcion del mismo llenarán en una hora sabiendo que el primero lo llena por sí solo en 3 horas, el 2º en 4 y el 3º en 5?

PROBLEMAS DE GEOMETRIA.

1º Levantar una perpendicular en el extremo de una recta sin prolongarla.

2º Dividir una recta en dos partes iguales.

RESOLUCION DE LOS PROBLEMAS INSERTOS EN EL NUMERO ANTERIOR.

ARITMÉTICA.

1º $\frac{2}{9}$ de camino.—2º 91'126 centímetros.